

LOS ASESINOS DE MÉXICO

ALMA GUILLERMOPRIETO

Héctor de Mauleón
Atentamente, El Chapo

Héctor de Mauleón,
La ruta de sangre de Beltrán Leyva

Howard Campbell
*Drug War Zone:
Frontline Dispatches from the Streets
of El Paso and Juárez*

Juan Carlos Garzón,
*Mafia & Co.: The Criminal Networks
in Mexico, Brazil, and Colombia* (tra-
ducido al inglés por Kathy Ogle)

Cómo escribir sobre las guerras del narcotráfico en México? Hay solamente un número limitado de formas para recordar a los lectores los desesperados actos de sacrificio humano que ocurren a diario en este país, o las a día de hoy calamitosas estadísticas: las casi 28.000 personas muertas en batallas o asesinatos relacionados con las drogas desde que accedió al poder el presidente Felipe Calderón hace casi cuatro años, los miles de secuestros, de actos gratuitos de violación y tortura, el número en aumento de niños huérfanos.

Por razones que probablemente ni siquiera ellos mismos acaben de entender, los diversos clanes narcos de México y las organizaciones responsables de tanto derramamiento de sangre se han aficionado a la atención pública, y para mantenerla han desarrollado una truculenta puesta en escena de muertes,

una exhibición itinerante de mutilaciones grotescas y ejecuciones. Pero no obstante las constantes innovaciones, una horrenda degollación es, al fin y a la postre, muy parecida a la siguiente. El punto de saturación del público llega enseguida, y en la cobertura periodística de la guerra, donde prima el suceso como en todas las noticias, ha llegado a ser el punto en que la gente vuelve la página para seguir hojeando.

Nosotros, los que nos encargamos de contar esa historia, sabemos también muy poco sobre la clandestina sociedad neorríca que durante mucho tiempo consideramos marginal, y lo poco que sabemos no puede explicarse en el artículo estándar de la prensa escrita de ochocientas palabras o menos (o en emisiones de menos de dos minutos). Y la historia, como los asesinatos, es interminablemente repetitiva y confusa: están los apellidos compuestos, los cambios de alianza, los generales del ejército traidores, el capo traicionado por un socio de confianza que es a su vez asesinado por otro traidor en algún pequeño pueblo de nombre imposible, seguido por otro capo con otro apellido compuesto que es traicionado por un militar de alta graduación que es también asesinado. La falta de comprensión de estas narraciones superficia-

les es lo que hace estática la historia y deja a los lectores impotentes. Sin embargo, ha pasado tiempo suficiente desde el comienzo de la pesadilla de la guerra contra el narcotráfico para tener ya una pequeña perspectiva sobre el problema.¹ A ambos lados de la frontera los académicos han escrito en abundancia, y también los periodistas con mayor experiencia. Gracias a sus esfuerzos, hoy podemos empezar a situar a algunos de los traficantes más conocidos en su debido paisaje.

1.

En 1989, un traficante aventajado llamado Joaquín Guzmán, y conocido en general como El Chapo o Chapo—que es como llaman a los hombres bajos y robustos en Sinaloa, estado natal de Guzmán en la costa noroccidental

¹ Hablando en puridad, han pasado treinta y nueve años desde que Richard Nixon dio prioridad en su gobierno a la lucha contra la producción y consumo de drogas. Lo que Nixon bautizó como “Guerra contra las drogas” se ha extendido desde entonces desde un puñado de países andinos, Oriente Medio y a Asia a todos los continentes, creando problemas de cumplimiento de la ley en Canadá y devastando países ya inermes como Cabo Verde. Desde la época de Nixon, no obstante, la demanda general de sustancias ilegales, ya sean de origen agrícola—como la heroína, la marihuana o la cocaína—o químico, como las metanfetaminas, se ha mantenido constante.

de México—buscó pelea con algunos de sus socios mercantiles de Tijuana. Cuatro años después los socios enemistados enviaron un grupo de sicarios a Guadalajara, donde vivía entonces Chapo Guzmán. Según consta en la investigación, el grupo de Tijuana tenía que salirle al paso a Guzmán el 24 de mayo de 1993 cuando éste llegara al aeropuerto de camino a unas vacaciones en la playa, pero al parecer los asesinos confundieron el coche Grand Marquis blanco de Guzmán con otro propiedad del fornido Juan Jesús Posadas Ocampo, obispo de Guadalajara.

Cuando el coche del desafortunado eclesiástico se detuvo junto a la acera, los sicarios de Tijuana abrieron fuego. (Según algunas versiones, por entonces Guzmán ya había llegado al aeropuerto y empezó un tiroteo con los asesinos). El cardenal murió allí mismo, y aunque éste iba a convertirse en uno de los asesinatos más escandalosos del siglo, objeto de infinitas teorías conspiratorias, los sicarios lograron meterse en el siguiente vuelo comercial a Tijuana. Nadie ha sido juzgado por este crimen. El comentario de Guzmán el día de autos, antes de hacer las maletas y salir corriendo, fue: “Esto se va a poner de la chingada”.

La impresión de Guzmán sobre la situación era correc-

ta: él voló hacia el sur, sin que se lo impidiera un reguero de carteles con un “Se busca: Joaquín Guzmán” por todos los sitios donde pasó, pero fue capturado en Guatemala y deportado a México en cuestión de días. Ahora bien, Guzmán no previó sus perspectivas a largo plazo. En el momento de la muerte del cardenal era simplemente uno de los traficantes más ambiciosos de Sinaloa entre los que ejercía su oficio por los Estados costeros del Pacífico y la frontera norte de México. Diecisiete años después —ocho de los cuales pasó en una cárcel mexicana de la que escapó en 2001, según se dijo en una furgoneta de lavandería— es posible que Guzmán se encuentre más asediado que nunca, pero también es el traficante más poderoso del mundo, y sin duda el más influyente.

Debemos la profética frase de Guzmán y los detalles de su vuelo a su antiguo administrador comercial, citado por Héctor de Mauleón, un novelista y ensayista que acaba de publicar una biografía de Chapo Guzmán en la revista mexicana *Nexos*. Mauleón ha reconstruido la historia de la vida de Guzmán a partir de testimonios judiciales de guardaespaldas suyos ahora condenados, de antiguos socios, parientes y enemigos. Así hemos sabido muchas cosas sobre este riquísimo matón a lo grande: su astucia, su inseguridad respecto a su altura, su fastuosa boda hace unos años con una reina de belleza de Sinaloa.

Pero lo que sobre todo vemos aquí, como en la biografía paralela de Mauleón sobre Arturo Beltrán Leyva —antiguo socio de Guzmán convertido en enconado

enemigo al que mataron en diciembre— es su influencia en los niveles más altos del gobierno mexicano. En todos estos testimonios encontramos generales que dan información a Guzmán, oficiales de policía que le proporcionan protección, importantes aeropuertos administrados por sus aliados, y crece sostenidamente la terrible sospecha de que hay ministros de varias administraciones, entre ellas la actual, que también mantienen relaciones amistosas con él.

No es que Guzmán tenga influencia y otros traficantes no la tengan: es que todo traficante tiene en plantilla a un gran número de autoridades designadas y políticos electos, pero Guzmán tiene más. La conclusión más amarga que sacamos de los artículos de Mauleón no es que se está perdiendo la guerra contra el narcotráfico del presidente Calderón, sino que es posible que ni siquiera se esté librando. El muestreo entre los testimonios judiciales sugiere que cada arresto en las altas esferas y cada muerte proclamada como una victoria por el gobierno—notablemente la del antiguo amigo de Guzmán, Arturo Beltrán— es consecuencia de hábiles operaciones no de los servicios de inteligencia oficiales sino de los narcos, que sistemáticamente se delatan los unos a los otros ante sus contactos gubernamentales; y a menudo son puestos en libertad por contactos que trabajan para el otro lado, como ocurrió a Beltrán:

El 7 de mayo de 2008 un retén de la Policía Federal fue instalado en el kilómetro 95 de la Autopista

del Sol [carretera entre Cuernavaca y Acapulco]. La PFP [Policía Federal Preventiva] acababa de recibir una información filtrada por [un importante traficante]: un convoy en el que viajaba Arturo Beltrán cruzaría en cualquier momento por aquel sitio. El encargado de coordinar la captura fue el director regional de la PFP... Cinco vehículos sospechosos [se aproximaron]. Los agentes les marcaron el alto. Los integrantes del convoy respondieron a tiros. [Arturo Beltrán Leyva consiguió escapar, pero su enemigo, contando con esa posibilidad] filtró a la PFP los domicilios del estado de Morelos en los que Beltrán Leyva podría refugiarse. El inspector de operaciones que...había recibido la filtración...se comunicó con el jefe antidrogas de la corporación [la PFP]...y le dijo: “Tenemos ubicados varios domicilios [de Beltrán Leyva] aquí en Morelos. Estamos concentrados y listos para entrar.

El jefe antidrogas le detuvo en seco: “Paren todo. Regresen de inmediato a la Ciudad de México.”

La suerte de Beltrán—o sus contactos—finalmente se acabó en diciembre de 2009, cuando fue rodeado y muerto por un comando de la Marina, presumiblemente elegido sobre el supuesto de que, teniendo muy poca relación con la guerra antidroga hasta ese momento, era menos probable que tuviera traficantes infiltrados. La cuestión que dejan en el aire estos documentos y testimonios, y la experiencia general, es la siguiente: si el ejército y las agencias nacionales de inteligencia están tan ampliamente infiltradas para carecer totalmente de fiabilidad, y si tanto la policía local como la federal son tan corruptas y peligrosas que a menudo tenemos razones para temerlas tanto como a los delincuentes comunes, ¿de qué sirve entonces tenerlas? O, como se preguntaron varios participantes en una reciente serie de mesas redondas con-

vocadas por Calderón: ¿cómo pueden ser controladas las fuerzas de seguridad o sustituidas sin riesgos? La cuestión es especialmente sustancial ahora que el gobierno federal ha despedido a 3.200 policías federales—una décima parte de la fuerza total—presumiblemente por motivos de corrupción. La última vez que tuvo lugar un despido comparable fue a fines de los años noventa, cuando el primer alcalde elegido de Ciudad de México despidió a trescientos oficiales de policía por corrupción, y la ciudad presenció de inmediato un aumento sin precedentes de robos con violencia y secuestros.

2.

Cuando en febrero estalló la indignación general en México a raíz del asesinato arbitrario a fines de enero de quince jóvenes en una fiesta de cumpleaños en Juárez, ciudad fronteriza del norte, Calderón no ayudó precisamente al declarar que, como la mayoría de las muertes violentas de Juárez, aquellos últimos asesinatos habían sido resultado de luchas de “grupos rivales”. En este caso se equivocaba lamentablemente: los jóvenes no tenían la menor relación con el narcotráfico. Cierto es que, en efecto, la mayor parte de los asesinatos de Juárez son producto de la guerra de bandas. La tasa de asesinatos de ciudad de México es de 8 por 100.000, comparable a la de Wichita (Kansas) o la de Stockton (California). La tasa general de México es de catorce por 100.000. Pero en Ciudad Juárez es de 189 por 100.000. Y como en Tijuana, Reynosa o Nuevo Laredo—otras ciudades fron-

terizas también azotadas por una violencia desatada—todas salvo una pequeñísima minoría de las víctimas de Juárez están, de hecho, implicadas en el narcotráfico.

La frontera es el punto de paso de un tráfico comercial legal por valor de unos 3.000 millones de dólares, que, desde 1994, cuando entró en vigor el acuerdo de libre comercio entre México y Estados Unidos, ha crecido exponencialmente. La guerra entre narcotraficantes estalló en torno al derecho de trasladar drogas a través de las ciudades de la frontera. Cabría pensar que los traficantes transportaran sus géneros a pie, por la noche, a través de territorios desiertos. Y lo cierto es que siguen haciéndolo así, pero llevan sus mercancías más eficientemente y en mucho mayor volumen pasándolas por los inspectores de aduanas de Estados Unidos a plena luz del día. Las sustancias ilegales viajan en deportivos utilitarios, todoterrenos ligeros o coches muy gastados, repletos de mercancía disimulada en cajas de huevos, rellenando ositos de peluche, fundida en barritas de dulce o embutida en sillas huecas.

Es fácil comprender por qué las medidas relacionadas con los puntos de acceso a Estados Unidos son inestables: cuanto más grande la ciudad y mayor el volumen de comercio legal, tanto más fácil resulta que el contrabando cruce inadvertido. La mayoría de la cocaína se cultiva y procesa en América del Sur, y gran parte de la que entra ilegalmente en Estados Unidos pasa por México. La mayor parte de la marihuana y de la amapola del opio se cultivan en la costa del Pací-

fico y están controladas por la viejas familias de Sinaloa, siendo la principal la de los Guzmán, pero el cultivo es fácil. Lo difícil es llevar el producto hasta el mercado, y en este esfuerzo las ciudades de frontera son un objetivo lo bastante valioso para ir a la guerra. Lo que es menos fácil de comprender es por qué un comercio que durante décadas había prosperado sin otra cosa que los consabidos secuestros y asesinatos entre bandas ha estallado en la última media docena de años en la pesadilla simbolizada en Ciudad Juárez, situada al otro lado de la frontera de El Paso.

Está, para empezar, el emplazamiento. En su excelente introducción a *Drug War Zone (Zona de guerra narco)*, una serie de historias orales de participantes en el mundo de la droga, Howard Campbell nos ofrece una descripción de Juárez:

El paisaje de la localidad suministra mil espacios para los traficantes imaginativos. Montañas escarpadas, cortadas por abruptos cañones y arroyos, que miran sobre vastos desiertos. El sector central de El Paso, en las tierras bajas, serpentea junto al Río Grande... Los narcotraficantes pueden vadear el río fácilmente y desaparecer en el laberinto de pequeñas carreteras rurales diseminadas por todo el Distrito de El Paso (uno de los mayores de Estados Unidos), y desde allí acceder a la Autopista interestatal número 10, que comunica las costas este y oeste de los Estados Unidos...

Al este del centro de Juárez se dibujan en el horizonte nuevos sectores comerciales y residenciales y cientos de maquiladoras, y al sur y el oeste una interminable red de miserables "colonias" (barrios pobres) ha sustituido a las tierras agrícolas y desérticas. Del mismo modo que los habitantes de El Paso pueden ver las fábricas de su ciudad hermana, los juarenses

ven los rascacielos de El Paso desde muchos puntos de la ciudad: las dos comunidades fronterizas están inextricablemente ligadas...

Además, la migración a Juárez desde los Estados mexicanos del sur lleva a las colonias y los barrios urbanos a un inmenso ejército reservista de mano de obra, y el gobierno local no tiene capacidad para hacer frente a este aflujo. Hay una oferta prácticamente ilimitada de trabajadores desempleados preparados y dispuestos a hacer dinero llevando en coche o a pie cargamentos de drogas al otro lado de la frontera, o sirviendo como guardias de almacenes de alijos o como sicarios. Los contrabandistas no tienen apenas dificultad para adaptarse socialmente o para comunicarse en español, inglés o spanglish a uno u otro lado de esta frontera bilingüe y bicultural. La enorme industria maquiladora y la industria relacionada de camiones de gran tonelaje de El Paso proporcionan los pesados vehículos de dieciocho ruedas y toda posible instalación para almacenamiento, así como equipamiento de las herramientas o suministros necesarios para empaquetar, ocultar, almacenar y transportar el contrabando de droga.

La hipótesis central de Campbell, expresada en el título de su libro, es que toda la idea, o todo el problema, de una empresa ilegal mexicana de narcotráfico es insostenible: un espacio tan absolutamente bilingüe, bicultural, mestizo y poroso—no obstante la demarcación arbitraria de una frontera y los esfuerzos cada vez más increíbles y fútiles de sellarla—sólo puede estudiarse y entenderse realmente como un territorio único y un solo problema. Se trata de una idea tan asombrosamente sensata que llega a ser genial,² y cabe

² Es una idea expresada en similares términos, entre otros, por el experimentado y perspicaz corresponsal extranjero del periódico *The Guardian*, Ed Vuillamy, en el título de su libro de viaje, *Amexica: War Along the Borderline* (Farrar, Strauss and Giroux, a publicarse en noviembre de 2010).

preguntarse cuántas muertes podrían ser evitadas si los políticos de ambos lados del Río Grande compartieran esta perspectiva y coordinaran en consonancia no sólo sus esfuerzos para hacer cumplir la ley, sino también sus políticas educativas, de desarrollo y de inmigración.

Lo que tenemos en lugar de colaboración es la terrible soledad de Juárez. En la década de 1990, cuando empezaron a desaparecer mujeres jóvenes en los barrios chabolistas más pobres de la ciudad y aparecieron después como si fueran residuos, golpeadas, violadas, mutiladas y muertas, los oficiales de policía se rieron en la cara de los afligidos padres que apelaron a ellos en busca de ayuda. Cuando yo informaba sobre estos hechos, me encontré una tarde sobre una colina gris, cubierta de polvo gris, mirando sobre un asentamiento gris de ocupas y al otro lado del río, hacia los edificios de oficinas de falso adobe de la ciudad de El Paso. A mi alrededor temblaban los hierbajos movidos por la brisa, y por todos lados volaban bolsas de plástico de supermercado y retazos de ropa, como si toda la basura de todo México se hubiera refugiado en ese punto. A unos cientos de metros cuesta abajo vivía la hermana de una de las muchachas desaparecidas; y no obstante los esfuerzos de las ONGs y de los grupos de solidaridad preocupados por estos asesinatos, la chica parecía todo lo aislada y vulnerable que puede encontrarse una mujer joven.

Ha habido interminables especulaciones en torno a la responsabilidad de los

asesinatos de estas mujeres: eran varias decenas, enredadas entre las estadísticas de cientos más de homicidios aleatorios de mujeres. Siempre fue claro que la policía estaba implicada de algún modo: su grotesca risa en la comisaría, la ropa cambiada en un par de cuerpos que con el tiempo devolvió la policía a las destrozadas familias, la destrucción sistemática de pruebas, todo apuntaba en su dirección. Pero parecía improbable que los policías de baja graduación tuvieran respaldo político suficiente para entregarse por su cuenta a aquellos repugnantes asesinatos seriales y que quedaran impunes, mientras se montaba una campaña mundial de protesta por esas muertes.

Recuerdo haberme preguntado entonces si un posible culpable no podría ser el dueño de Juárez, Amado Carrillo Fuentes, que era el narcotraficante más poderoso de su tiempo. Qué otro, en el transcurso de sus habituales transacciones, podía comprar a suficientes políticos, jefes policiales y funcionarios de la justicia para garantizarse inmunidad en cualquier circunstancia. Es concebible que Carrillo Fuentes o sus secuaces hubieran desarrollado una fascinación con la muerte que sobrepasaba lo estrictamente profesional. Varias chicas tenían un pecho cortado; y en un cobertizo del desierto extraños *graffiti* parecían también tener un significado ritual.

Ninguno de los periodistas comprendíamos bien en aquel entonces los nuevos cultos religiosos que proliferaban en el mundo narco, en especial el de la Santa Muerte, una figura espectral idéntica al esqueleto encapuchado

que aparece con frecuencia en el arte motero. Este culto se había propagado mucho fuera de los espacios carcelarios donde es reverenciada la Santa Muerte; y ahora que hay altares al lúgubre esqueleto por todas partes del país y nos llegan noticias de jóvenes muchachas migrantes de Centroamérica que son ofrecidas en sacrificio a la Santa Muerte por la rama especial de la mafia narco dedicada al tráfico humano, hay más motivos para preguntarse si la actual obsesión de los traficantes con formas nauseabundas de asesinato no comenzó entonces.

3.

Carrillo Fuentes, amo y señor de Juárez, murió en 1997. Le administraron un sedante equivocado—quizá incluso de forma accidental—mientras se recuperaba de cirugía plástica en un elegante hospital de Ciudad de México, y su muerte dejó totalmente libre la “plaza” (una mezcla de territorio de distribución y ruta de abastecimiento) de Juárez. Lógicamente, Chapo Guzmán intentó ocuparla inmediatamente después del asesinato de Carrillo Fuentes (o antes, si él estaba tras la fatal inyección), pero también lo intentó un traficante que, algo infrecuente, no proviene de Sinaloa, estado costero del Pacífico, sino de Tamaulipas, que está al otro lado del país, en el Golfo de México. Se llama Osiel Cárdenas Guillén, y durante un número considerable de años tuvo el provechoso monopolio de todo el tráfico de Tamaulipas, cuyas ciudades fronterizas de Reynosa, Matamoros y Nuevo Laredo son conjuntamente la mayor encrucijada comercial

del mundo. Nuevo Laredo es, en consecuencia, la plaza más lucrativa de México; unos ocho mil camiones pasan por los puntos de inspección de la aduana estadounidense de Laredo todos los días. Cárdenas, un hombre ambicioso y con un agudo sentido comercial, bautizó lo que entonces era sólo una banda con el nombre de Cartel del Golfo.

Las operaciones del Cartel del Golfo prosperaron increíblemente, tanto que, según varias fuentes fidedignas, sus miembros se pasean en coche por la ciudad fronteriza de Reynosa, sobre todo en deportivos utilitarios negros pintados con las iniciales CDG. Pero Cárdenas fue detenido por la policía mexicana en 2003 y extraditado a Estados Unidos, donde fue sentenciado a veinticinco años en febrero de este año. Su legado quedó, sin embargo, en su Estado natal. Todos los narcotraficantes anteriores a él habían recurrido a sus “gatilleros”, matones a sueldo, para hacer cumplir su ley; pero a finales de los años noventa Cárdenas comprendió las ventajas logísticas y de inteligencia de contratar a militares—sobre todo militares muy especializados, entrenados en la contrainsurgencia—como escoltas privados. Así nació la organización delictiva narcotraficante de los Zetas. Hoy está constituida por una serie de ex agentes de policía y de fuerzas especiales militares centroamericanas, miembros de bandas y los que pueden considerarse asesinos forzados, todos dirigidos por un grupo de ex agentes mexicanos de fuerzas especiales anti-narcóticos que han destruido todos los códigos de honor

narco existentes así como las reglas de enfrentamiento.

No extrañará que los Zetas estén ahora en guerra con su grupo madre, el Cartel del Golfo. Hay ritmos y secuencias previsible en el crecimiento y desarrollo de los grupos ilegales, como apunta Carlos Garzón en un lúcido estudio, *Mafia & Co.: The Criminal Networks in Mexico, Brazil, and Colombia* (Mafia y Co.: las redes delictivas en México, Brasil y Colombia). Garzón examina los grupos narcotraficantes de estos tres países como si fueran bacterias y estudia el modo en que se dividen y forman nuevas colonias:

Las estructuras delictivas están progresivamente adoptando forma reticular. Han ido abandonando las organizaciones engorrosas—casi burocráticas—que intentaban monopolizar las economías ilegales, hacia la configuración de células especializadas en ciertas partes de la cadena de producción o en un mercado específico (como el mercado protegido).

El *capo de capi* que antes solía dar todas las órdenes no existe ya... el verdadero jefe es la persona que tiene los contactos y las conexiones, la persona que se ha creado una concentración significativa de relaciones...

La mayoría de las organizaciones delictivas se han quedado sin dirigente en algún punto de su historia, pero ello no ha generado su desaparición en tanto que organización. Lo que suele ocurrir es que, a falta de un jefe máximo, se produzca un proceso de fragmentación. El sucesor a menudo no consigue mantener la misma estructura cohesiva y surgen varios escenarios posibles. Si el capo es capturado o matado por fuerzas gubernamentales se crea una situación de inestabilidad en que varias facciones intentan preservarse individualmente. En este marco, los jefes de nivel medio empezarán a competir por el liderazgo de la organización (como está ocurriendo, por ejemplo, con el Cartel del Golfo). Algunas estructuras intentarán independizarse. Otras serán absorbidas por grupos mayores...

Otras formarán alianzas y procurarán mantener un nivel mínimo de cohesión para poder reorganizarse... y otras estarán dispuestas a ofrecerse al mejor postor.

La siempre fluctuante guerra entre clanes y familias narco en constante fragmentación y multiplicación es, entre otras cosas, una guerra cultural, librada por el viejo campesino cultivador de marihuana y las familias contrabandistas de la costa del Pacífico contra los traficantes al por mayor del Golfo de México que no cultivan nada. Es también una guerra entre, por un lado, criminales de la costa del Pacífico con una visión romántica de sí mismos como proscritos renegados; y que encargan narcocorridos para difundir esta imagen, como éste sobre la famosa evasión de Guzmán de la cárcel el 20 de enero de 2001:

El diecinueve de enero
Al pasar la última lista
El Chapo dijo "¡Presente!"
La trama ya estaba lista
Porque para el día veinte
Les contestó la remisa.³

Al otro lado están los antiguos miembros del sistema militar mexicano del Este, cuyo gusto musical, en la medida en que puede saberse por los narcovideos frecuentemente subidos a YouTube, se inclinan por el tecno y el reggaetón.

Los contrabandistas del Pacífico como Chapo Guzmán todavía tienen que ponerse a la altura de la capacidad de los Zetas para interceptar las conversaciones hasta del último político por

³ Adan Cuen, "El corrido del Chapo Guzmán Loera".

toda la frontera de Tamaulipas, y de su gusto por las machadas (al parecer fueron los primeros en emplear camiones para bloquear carreteras, a veces por puro capricho). Si son ciertas algunas noticias recientes, los Zetas también utilizan armas antiaéreas y rastreadores satelitales. Los traficantes de Sinaloa confían en las alianzas a puerta cerrada con políticos locales para conseguir tranquilidad y seguridad en el negocio (pensamos con envidia en el tarjetero de mesa de Chapo Guzmán). Los Zetas no dan señales de haber oído en su vida la palabra "compromiso" y parecen dispuestos a un enfrentamiento directo con la autoridad.

El culto de los narcos de Sinaloa a un héroe picaresco rural, Jesús Malverde, contrasta fuertemente con el culto de la costa del Golfo a la Santa Muerte. Los Zetas parecen modernos y los mafiosos de la costa pacífica anticuados, pero en este momento no tenemos forma de saber quién está ganando, en parte porque los Zetas están totalmente fuera de control y en parte porque los capos clánicos del Pacífico que solían formar una alianza están muy ocupados matándose unos a otros, como lo están los Zetas y sus antiguos jefes del Cartel del Golfo.

Hablando con propiedad, como señala Garzón, los Zetas no son en realidad un grupo narcotraficante. Osiel Cárdenas dirigía las operaciones de narcotráfico del Cartel del Golfo y contrató a los Zetas como fuerza bruta. Los Zetas son una empresa coercitiva, con franquicias cada vez más especializadas en secuestros,

extorsiones, robos a mano armada y tráfico humano. En la frontera sur mexicana están a la espera de los trenes de carga utilizados por los migrantes que se dirigen a Estados Unidos desde América Central y del Sur—y al parecer también de lugares tan remotos como China—. Si el "pollero", el contrabandista que guía a los migrantes en su paso por México, no tiene algún acuerdo con los Zetas, los impotentes migrantes son secuestrados, golpeados, violados, extorsionados. Con progresiva frecuencia, los hombres del grupo son obligados a trabajar también como asesinos, lo cual indicaría que las organizaciones filiales de los Zetas están creciendo más deprisa de lo que pueden ser dotadas de personal.

Una vez salen de la frontera sur, los migrantes se dirigen hacia Estados Unidos por rutas también patrulladas por los Zetas hasta llegar a Laredo y Reynosa. Hay una sola ruta ferroviaria utilizada por los narcos en la frontera de México con Guatemala, pero el gobierno mexicano parece impotente para impedir tanto los migrantes como los crímenes cometidos a diario contra ellos. El 23 de agosto, cerca de la ciudad de San Fernando, a unas cien millas de la frontera estadounidense, los Zetas detuvieron un autobús lleno de migrantes, los trasladaron hasta un cercano rancho aislado y, tras una serie confusa de actos que duraron varias horas, ejecutaron a setenta y dos.

Dos cosas merecen consideración sobre esta masacre. La primera es que, desde el punto de vista de los narcos, no se consiguió ningún fin práctico matando a setenta

y dos migrantes que no eran ni enemigos ni rehenes a punto de ser rescatados. Los asesinos parecen haber actuado por rabia, o capricho, o simplemente por tedio o costumbre. Han aterrorizado a medio México, pero los criminales que pierden toda disciplina tienden a no durar mucho.

La segunda cosa a tener en cuenta es la reacción del gobierno mexicano ante la tragedia. Según los primeros informes publicados en el periódico *El Universal*, los soldados de un puesto militar de avanzada a unas catorce millas del rancho fueron avisados de la masacre por un superviviente, pero no se dirigieron inmediatamente a la escena del crimen porque, según decía la noticia de *El Universal*, temían ser atacados. Las primeras tropas no llegaron al lugar hasta el día siguiente de que el único superviviente les hubiera alertado de la matanza. Estamos hablando de unos militares con órdenes del comandante en jefe de librar una guerra sin cuartel contra el narcotráfico.

El 19 de septiembre, a raíz del asesinato de su segundo reportero en menos de dos años (un joven de apenas veintiún años que engrosó la lista de los más de treinta periodistas asesinados o desaparecidos en México⁴) el *Diario de Juárez* publicó un

⁴ Un informe, espantoso y muy iluminador, sobre el estado de la prensa en México es "Silence and Death in Mexico's Press" con prefacio de Joel Simon, Committee to Protect Journalists, 8 de septiembre, 2010, obtenible en cpj.org. Después de una prolongada reunión del 22 de septiembre con miembros de una delegación conjunta del Comité para la Protección de los ▶

editorial dirigido a los “Señores de las diferentes organizaciones que se disputan la plaza de Ciudad Juárez”:

Ustedes son, en estos momentos, las autoridades de facto en esta ciudad, porque los mandos instituidos legalmente no han podido hacer nada para impedir que nuestros compañeros sigan cayendo, a pesar de que reiteradamente se lo hemos exigido.

Somos comunicadores, no adivinos. Por tanto, como trabajadores de la información queremos que nos expliquen qué es lo que quieren de nosotros, qué es lo que pretenden

Periodistas y la Sociedad Interamericana de Prensa, Calderón anunció el 27 de septiembre que el gobierno iba a presentar un plan largamente anunciado para proporcionar protección física a periodistas amenazados. La legislación propuesta por Calderón para convertir los ataques contra periodistas en delito federal se ha estancado en el Congreso durante dos años.

que publiquemos o dejemos de publicar, para saber a qué atenernos.

Ya no queremos más muertos. Ya no queremos más heridos ni tampoco más intimidaciones. Es imposible ejercer nuestra función en estas condiciones. Indíquenos, por tanto, qué esperan de nosotros como medio...

Fue una especie de alivio que alguien con voz pública y la autoridad para hacerlo declarase, públicamente, que el Estado no es ya el árbitro de quién vive y quién muere en la zona de la frontera. Pero la cuestión de quién está a cargo, quién manda, quién tiene el poder, es desconcertante.

Una conclusión fácil sería que México, o la zona de guerras narcos, está en manos de un Estado fallido. Pero un Estado fallido no construye continuamente nuevas ca-

rreretas y escuelas, no recauda impuestos, ni genera actividad legítima industrial y comercial suficiente para clasificarlo entre las doce mayores economías del mundo. En un Estado fallido los conductores no paran en la luz roja del semáforo y no se recoge la basura puntualmente. La cuestión es, más bien, si ante la actividad imparable de criminales fuertemente organizados, el gobierno mexicano puede imponer debidamente el imperio de la ley y garantizar la seguridad de sus ciudadanos en todas partes del país. Esto, por el momento, no parece ser posible para el gobierno de Felipe Calderón, ni en grandes extensiones del campo ni en importantes ciudades como Monterrey. Poca duda cabe de que la estrategia de Cal-

derón de guerra sin cuartel para resolver un problema delictivo no ha funcionado. Si hay alguna estrategia que pueda funcionar, mientras persista la demanda global de un producto que es ilegal en el mundo entero, es una pregunta que se ha repetido *ad nauseam*. Pero sigue siendo la cuestión indispensable a considerar.

Ciudad de México, 30 de septiembre de 2010.

Traducción: Eva Rodríguez Halffter

© 2010 *The New York Review of Books*. (Distributed by The New York Times Syndicate)

Alma Guillermoprieto es periodista y escritora mexicana.

Pintores, fotógrafos, escultores, videoartistas, ilustradores, diseñadores, arquitectos...

Nada puede justificar la vileza de exigir al creador la renuncia a sus derechos.

Infórmate

Madrid

Nuñez de Balboa 25
91 532 66 32

Barcelona

Muntaner 330 3^a
93 201 03 31

Y también en nuestra página web, www.vegap.es

VEGAP, la entidad de gestión colectiva de la creación visual, defiende que tus **derechos morales y económicos** sean respetados y compensados

V
e
G
a
P



fundación
arte y
derecho